

AGUA Y POBREZA

Sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio

Por Rui Valdivia

Publicado en la revista Viento Sur, N° 87, julio 2006, páginas 27-38

En *La riqueza de las naciones* Adam Smith afirma, refiriéndose a los pobres y a la necesidad de luchar contra la pobreza:

El hombre reclama en la mayor parte de las circunstancias la ayuda de sus semejantes, y en vano puede esperarla sólo de su benevolencia. Lo conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros y haciéndoles ver que es ventajoso para ellos hacer lo que les pide (...) No es la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero la que nos procura el alimento, sino la consideración de su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios, sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas.

No lo oímos tan claro, pero quién duda de que la agenda política del desarrollo también lo proclama *soto voce*: El pobre es un incompetente. Quien carece de capacidad para competir se merece no poseer recursos suficientes para satisfacer sus necesidades. La pobreza y la inutilidad se complementan magníficamente. Por tanto, formemos, eduquemos, fomentemos las capacidades del pobre para hacerlo competitivo. La lucha contra la pobreza confluiría con la cruzada por la riqueza, en la medida en que los pobres de ayer se hayan convertido en agentes del crecimiento y de la creación de riqueza. En suma, evitemos los problemas que generan los pobres a los ricos transformándolos, como afirmaba A. Smith, en agentes productivos.

Pero ¿quiénes son los pobres?, ¿quiénes esos seres cuya principal característica es la de ser improductivos? Resulta muy complejo definir la pobreza. Según el organismo o el autor la definición y el modo de medirla, y sobre todo, de catalogar a las personas como pobres, varía enormemente: líneas de pobreza absoluta o relativas al ingreso personal, a la renta familiar, a la disponible o al bienestar; nivel de satisfacción de necesidades básicas, porcentaje de insumo de calorías, brecha de ingreso, grado de desigualdad, nivel de exclusión, nivel de privación, etc., es decir, el Banco Mundial, la CEPAL, el PNUD, etc.

Ya que la pobreza contemporánea la produce la desigualdad, podría resultar más fácil medir el proceso del empobrecimiento con los clásicos indicadores de desigualdad: Gini, Lorenz, etc. Porque el reto de la pobreza conviene afrontarlo no tanto profundizando en su definición, cuanto en el

proceso social y económico que produce los pobres: el empobrecimiento, el proceso paulatino de privación. Y ya que el motor del proceso de empobrecimiento en una sociedad capitalista es la desigualdad que genera la explotación humana y ambiental, este indicador del desigual acceso al bienestar o a los servicios ambientales puede resultar mucho más relevante desde el punto de vista de la acción política.

Para esta acción política contra la pobreza, no posee tanto interés intentar definir y acotar con precisión el término pobreza, cuanto explicar el proceso por el cual las personas se convierten en pobres, el empobrecimiento. Puede parecer absurdo que para actuar contra algo obviemos definirlo, ignorar las coordenadas del blanco para acertar en la diana. Pero existen términos o conceptos que sólo pueden definirse cuando se explica el contexto en el que se dan. Por ejemplo, nadie puede explicar un planeta en sí mismo. Tan sólo cuando uno define el sistema solar comprende lo que es un planeta. Indirectamente, por tanto, entiende el concepto que pretendía aprehender. No resulta correcto afirmar que un planeta es una esfera grande. Sí lo es, pero también es algo más, pero ese algo no se entiende mirando sólo al planeta, sino al sistema del que forma parte. Es la comprensión del sistema, antes que el planeta, la que nos da la clave para su correcta comprensión. Lo mismo ocurre con la pobreza definida, por ejemplo, como déficit de ingreso. Sí puede ser eso, pero también es algo más porque hay pobres que ganan más y otros que no son pobres y apenas ganan nada. En cambio, únicamente se podrá entender la pobreza explicando el fenómeno del empobrecimiento y el sistema galáctico en el que acaece tal cataclismo, la sociedad capitalista de libre mercado.

Casi todas las épocas han poseído sus pobres. La nuestra además, los ha definido según criterios econométricos, es decir, estadísticos, y ha colocado a los pobres en el grupo de aquellas personas cuyo ingreso no supera determinado nivel de renta. La pobreza sería una probabilidad, la de no poder tener un cierta cantidad de dinero, tanto en términos absolutos como relativos a cada comunidad política o Estado. Es decir, se suele considerar pobre a la persona que no supera un umbral o un porcentaje de la renta media del país donde vive y no sólo a aquellas que no poseen lo suficiente para satisfacer unas mínimas necesidad vitales, básicas o mínimas. Según la distribución de las rentas en la población de un país, ser pobre poseerá, por tanto, una determinada probabilidad. Cuando se define la pobreza por la incapacidad para obtener un ingreso mínimo se puede estar tentado de seguir profundizando en su carácter calculando lo que se suele llamar la brecha de la pobreza, o el déficit de ingreso que cada pobre posee respecto al umbral de pobreza: cuanto más déficit se posee más pobre se es. La suma de todos los déficits nos indicaría cuál es la necesidad de ingresos

que poseen los pobres de un país para dejar de serlo. De ahí que existan muchas voces que nos transmiten el siguiente mensaje: si se consiguiese transferir dinero suficiente para cerrar la brecha atajaríamos el problema de la pobreza en el mundo. La solución consistiría, por tanto, en crear un “flujo de caridad”, de ayuda económica internacional, por el monto de la brecha. Y la cooperación internacional se reduciría, entonces, a encontrar la forma de estimular la aparición de dicho flujo caritativo detrayendo recursos económicos de aquellas partidas presupuestarias que menos dolor pudieran provocar en los ciudadanos que las ofrecen.

Si este razonamiento peregrino lo trasladamos a la solución del problema del agua, entendido como carencia de agua potable suficiente para cubrir las necesidades básicas, concluiríamos que el esfuerzo de abastecer adecuadamente de agua a toda la humanidad se podría calcular como el producto del coste unitario de un grifo y el número de personas no conectadas aún al servicio de agua potable. En lugar de intentar entender el problema del agua o de la pobreza, las actuales políticas de cooperación actúan fundamental e imperiosamente sobre sus consecuencias, sobre los efectos del empobrecimiento, sin atajar sus causas. Pero un grifo no es más que un agujero que para ser útil debe ser conectado a una red debidamente mantenida y abastecida de un agua que proviene de una cuenca hidrográfica donde hay procesos de erosión, actividades humanas, naturaleza, otros usuarios de las aguas, contaminación, lluvias irregulares, y por tanto, de un sistema natural influido por el ser humano que hay que gestionar para que finalmente el agujero que ha sido colocado en un hogar se convierta en un grifo verdadero por donde sale agua de calidad útil para dar bienestar. Un grifo, por tanto, no sólo es un artilugio que cuesta dinero, sino un sistema institucional, social y económico que funciona para producir agua de calidad: el flujo caritativo de los grifos no generará ese otro flujo del agua en el grifo de los hogares empobrecidos. Como tampoco el flujo de la caridad para cerrar la brecha del ingreso eliminaría la pobreza.

Habría que preguntarse previamente ¿por qué hay personas que no tienen grifo? ¿por qué muchas personas teniéndolo no lo utilizan para beber? Incluso ¿por qué, para eliminar su pobreza, tenemos que poner un grifo en sus hogares? ¿por qué, en suma, carecen de agua cuando otros ciudadanos y actividades la poseen e incluso la contaminan? Por tanto, atajar las causas del empobrecimiento y no tanto sus consecuencias.

En lugar de calcular con tanta exactitud los “flujos de la caridad”, habría que evaluar primero los “flujos de la responsabilidad”, esas fuerzas que han estado operando todos los días de los últimos tiempos y que han provocado la desposesión, la privación, la exclusión, este empobrecimiento cuyos frutos amargos hoy recogemos para edulcorarlos con el almíbar de la

caridad o de las transferencias de renta. No se trata de desmotivar a quienes cooperan desinteresadamente, sino de hacer que el esfuerzo por evitar el hambre y la pobreza sea útil realmente.

Conviene estudiar la pobreza junto con su contrapunto, la riqueza. Sin olvidar que ambos conceptos no son antitéticos, sino complementarios. El rico se caracteriza, en una sociedad capitalista, por la acumulación y por la capacidad del dinero para reproducirse. El rico sólo utiliza una mínima parte de su dinero para comprar bienestar, el resto lo utiliza como un almacén de poder. Por tanto, sólo se entiende la figura del rico en una economía monetaria que hace posible la acumulación. En cambio, no poseer dinero, o tener poco, no convierte siempre a una persona en pobre. En una economía absolutamente mercantilizada, donde trabajo, cultura, salud y naturaleza fueran sólo mercancías y no hubiera ningún rincón ajeno a la ley inexorable del mercado, nadie podría satisfacer una necesidad sin tener que comprarla. En este entorno la pobreza, definida por carecer de ingreso, sería lo contrario de la riqueza. Pero todavía quedan muchos reductos sin mercantilizar. Por ello, el hecho de que las instituciones que se ocupan del desarrollo y de la cooperación internacional contra la pobreza, hayan asimilado el discurso del ingreso para caracterizar la pobreza, aboca a pensar que la solución a la pobreza consiste en generar más riqueza y que los pobres participen de esa creación y de ese crecimiento económico. Pero el modo de producir riqueza en el capitalismo siempre se ha caracterizado por un achicar el terreno de lo público, de los bienes comunales, de su mercantilización como sinónimo de apropiación por parte de una minoría, los ricos. Y son precisamente de esos bienes públicos, la naturaleza, por ejemplo, de donde han extraído bienestar las personas que el capitalismo ha considerado pobres por no poseer suficiente dinero para comprar en el mercado lo que la naturaleza les daba y nos da gratuitamente o con trabajo no remunerado económicamente.

Entre lo que transfirmamos como “flujo de caridad” y lo que los hoy pobres sean capaces de generar, como crecimiento económico, el problema de la pobreza quedaría resuelto. Pero esta manera de generar riqueza, y ello se olvida demasiado frecuentemente, es precisamente la que genera pobres, en la medida en que hace depender inexorablemente a todo el mundo de tener que recibir un salario para no ser pobre, o lo que es lo mismo, para no tener privaciones a nivel de agua, alimento, necesidades básicas, en suma. Pero los que no trabajen (por las razones que sean) o no ganen el suficiente dinero para comprar las necesidades, acabarán siendo pobres porque no habrá ningún rincón en este mundo capaz de ofrecer satisfacción fuera del mercado. Este ha sido el gran motor del llamado mercado de trabajo, el empobrecimiento de aquellas personas que no trabajaban en la economía capitalista, en la medida en que esta les ha ido privando de los bienes

públicos que usaban para su bienestar¹, lo que les ha empujado a tener que vender su trabajo y al fin a sus personas, convertidas así en pobres como antítesis de los ricos que las explotan. El indígena, y las luchas contemporáneas por su reconocimiento y dignidad, representa hoy un símbolo vivo de este proceso de expolio y destrucción que ha estado empujando a las masas, durante los últimos doscientos años, al mercado de trabajo y que ha generado, como acicate del proceso, la dinámica del empobrecimiento. Esos indígenas se niegan a ser pobres (aunque se los catalogue como tales en las estadísticas de desarrollo), a empobrecerse como anticipo a su entrada al mercado de trabajo, a la necesidad de tener que vender su trabajo para lograr sustento. Por esta razón el crecimiento económico ha sido y sigue siendo sinónimo de empobrecimiento y de privación, y no logrará hacer desaparecer la pobreza, a menos que cambiemos las estructuras de generación de riqueza y de bienestar.

Pero se olvida demasiado frecuentemente las condiciones de contorno en el que opera el binomio ayuda y crecimiento en coalición contra la pobreza. La mayor parte de los países con población pobre y privada de agua posee una cuantiosa deuda externa que les coarta el desarrollo. Considérese que América Latina, por ejemplo, entre 1982 y 1996 pagó más del doble de lo que debía, y sin embargo, sigue debiendo cada vez más a los países que deberíamos ayudar internacionalmente para el cumplimiento de los objetivos de desarrollo del milenio. No sólo la mayor parte del beneficio derivado del crecimiento económico debe detraerse para el pago de la deuda, sino que la propia economía de muchos de estos países empobrecidos debe bascular sobre las exportaciones más que sobre la creación de los bienes que les son más necesarios. Como la productividad no crece tan rápido como el monto de la deuda, muchos de estos países deben esquilar su patrimonio natural, lo que directamente provoca empobrecimiento y deterioro de sus recursos hídricos: deforestación,

¹ A. von Humboldt detectó los inicios de este proceso en su *Ensayo político sobre el Reino de Nueva España*, escrito hacia 1800: “En las colonias españolas se oye repetir muy a menudo que los habitantes de las tierras calientes no saldrán de la apatía en que hace siglos están sumergidos hasta que una real cédula mande destruir los platanales. A la verdad el remedio es violento y los que lo proponen con tanto ardor generalmente no despliegan más actividad que el común del pueblo, al que quieren hacer trabajar aumentando la masa de sus necesidades”. K. Polanyi, hacia 1940 en *La gran transformación*, se refiere así a este proceso de expolio de los bienes públicos y de desmembramiento de la organización pre-capitalista, como causante de la creación del mercado de trabajo: “... lo que todavía puede practicar ocasionalmente el hombre blanco en las regiones remotas de hoy, la destrucción de estructuras sociales para extraer de ellas el elemento del trabajo, lo hicieron hombres blancos a poblaciones blancas, para propósitos similares, durante el siglo XVIII (...) ¿por qué sólo el castigo de la inanición, no la atracción de los salarios elevados, se consideraba capaz de crear un mercado de mano de obra funcional? (...) La analogía era más notable aún por el hecho de que también los primeros obreros aborrecían la fábrica, donde se sentían degradados y torturados, como los nativos que a menudo se resignan a trabajar a nuestro modo sólo cuando se ven amenazados con el castigo corporal, si no es con la mutilación física (...) Pero se alcanzó la etapa final con la aplicación del ‘castigo de la naturaleza’: el hambre. A fin de desatar tal castigo, había necesidad de liquidar la sociedad orgánica, la que se negaba a permitir que el individuo se muriera de hambre”.

contaminación, etc. y por tanto, escasez de agua y privación. Pero los términos de intercambio ecológicos entre los países desarrollados y los empobrecidos tampoco favorecen a la lucha contra la pobreza, porque la huella ecológica que cada ciudadano del norte provoca en su entorno resulta unas 5 veces superior a la de los habitantes del sur. Cada ciudadano desarrollado utiliza para su bienestar una parte del patrimonio natural de los países empobrecidos, y esta huella nuestra sobre su territorio deteriora también sus recursos hídricos y los consume para la exportación de bienes fuera de sus fronteras. Sólo la cooperación, y no únicamente la ayuda económica, podrá alterar los términos de referencia de este proceso económico internacional que provoca pobreza y escasez de agua.

Sí, se trata de volver al monte, pero tal y como nos han dejado la naturaleza este regreso sólo podrá hacerse realidad con tecnología, con la mejor sabiduría aplicada a la producción de bienestar y de riqueza. Pero no se olvide que la técnica por sí sola no arregla nada, como demuestra el proceso de empobrecimiento que acabamos de exponer. Muchos acuíferos, por ejemplo, están sobreexplotados y esquilados porque la tecnología ha permitido extraer agua de profundidades mayores a cada vez menor coste energético. La posibilidad que nos brinda esa tecnología, en sí misma resulta útil para la sociedad en la medida en que incrementa el potencial humano para actuar. Sin embargo, el sistema económico e institucional en el que se utiliza esta tecnología lejos de favorecer el buen uso de los acuíferos y el incremento del bienestar asociado a una mayor capacidad y eficiencia, lo que hace es favorecer la pobreza, es decir, la privación por la desaparición de un recurso. Las reglas de juego de la economía actual provoca que la tecnología sea la que directamente esté destruyendo el mundo que habitamos, y por tanto, la destrucción de los bienes públicos y la extensión de la pobreza, un proceso de empobrecimiento donde unos pocos están acumulando en mercancías los bienes públicos, entre ellos, el agua y los recursos naturales. La tecnología del agua, por tanto, en otro entorno socioeconómico e institucional más apropiado ayudaría para revertir las dinámicas del empobrecimiento.

La agenda política contra la pobreza debería poderse definir también como la agenda política contra la riqueza. El hecho de que nos rebelemos instintivamente contra esta identificación debería hacernos pensar si las acciones que contienen las hojas de ruta oficiales del desarrollo son las más correctas. Séneca afirmaba que prefería ser rico que pobre, ya que la riqueza permite realizar más acciones virtuosas, en concreto dar a quien se lo merece². Si pudiéramos instaurar un sistema económico donde la mayor

² En *Sobre la felicidad*, Séneca afirma: “Pues el sabio no se considerará indigno de ningún don de la fortuna. No ama las riquezas, pero las prefiere; no las recibe en su alma, pero sí en su casa; y no rechaza las que posee, pero las domina, y quiere que proporcionen a su virtud una materia más amplia (...) Deja,

parte de las personas no se convirtieran en ricos empobreciendo a otros, aquella tautología no tendría sentido y podríamos esperar que la lucha contra la pobreza la podrían liderar los ricos. Pero desde que la revolución industrial se alió con el liberalismo económico la sociedad no lo ha conseguido. Por ello, mientras no cambie el sistema, aquella sinonimia debería mantenerse para entender lo que significa ser pobre en el mundo en el que vivimos.

El acceso al agua resulta vital para la especie humana. El hambre se considera la mayor indignidad en la que puede caer un ser humano, el fondo de la miseria y de la pobreza. No tener agua, o no poder beber agua en buenas condiciones de calidad resulta todavía más grave. Si llegásemos al punto de que hubiera gente que no pudiera respirar, habríamos alcanzado el borde del abismo de la inhumanidad. La lucha por el aire que todavía afortunadamente no nos han quitado del todo debería servir para inspirar el conflicto por el agua que casi nos han quitado y por el alimento que hace mucho tiempo nos enajenaron. La palabra escasez se alía demasiado frecuentemente con el recurso agua, de tal forma que sin apenas notarlo le añadimos siempre inconscientemente aquel epíteto: el agua, bien escaso. Pero el agua puede resultar insuficiente por muchas razones, pero de ninguna de ellas el agua es la culpable. Según la tecnología ha ido posibilitando la apropiación del agua por medio de la progresiva capacidad de extracción, almacenamiento y transferencia, se ha ido convirtiendo en realidad la posibilidad de privatizarla, es decir, de convertirla en un bien confinable y regulado, es decir, en una mercancía. Ese afán tan actual de convertir el agua en un bien económico sería el último paso por transformar jurídicamente en mercancía un bien que había pertenecido a lo público por la dificultad tecnológica de apropiárselo. La escasez del agua discurre pareja con este proceso y resulta consustancial a su apropiación privada por medio de estas tecnologías. Lejos de ser la mercantilización del agua la solución para eliminar su escasez, su conversión en bien económico significará añadir un factor más de empobrecimiento para muchas personas.

La escasez de agua no es intrínseca a este patrimonio natural, sino que deviene escasa por unas causas que pueden estudiarse y exponerse claramente. Considerar al agua en sí misma como un recurso escaso y aceptarlo como un acto de fé, nos impele a afrontar el problema del agua, como factor de empobrecimiento, como un reto tecnológico y de mera gestión entre intereses contrapuestos, y a aceptar al mercado como el mejor

por tanto, de vedar el dinero a los filósofos; nadie ha condenado a la sabiduría a ser pobre (...) Dará a los buenos o a los que podrá hacer buenos (...) Yerra el que crea que dar es cosa fácil (...) No puedo ser negligente en este asunto: nunca hago mejores inversiones que cuando doy”.

sistema para asignar recursos escasos y el precio como el indicador más idóneo para repartir la escasez de agua.

Hasta hace bien poco muchos ríos y acuíferos suministraban agua suficiente para muchas personas. A su vez, las ciudades del tercer mundo han crecido exponencialmente, y la contaminación ha deteriorado gran cantidad de recursos hídricos. Pero aquellas personas que no han emigrado a las ciudades, las que a pesar de todo siguen habitando en las zonas rurales, y sobre todo los indígenas de las áreas naturales, tienen que comprar ahora un grifo para poder beber agua y satisfacer esta necesidad material que hasta hacía muy poco la obtenían gratuitamente. Porque el río o el acuífero ya no llevan suficiente agua o porque está contaminado, ya que alguien la detrajo, y alguien la contaminó. Este proceso de empobrecimiento a través del agua se suele justificar por el crecimiento económico, por el progreso. Pero aceptarlo sin crítica supone comulgar con la rueda de molino del empobrecimiento, y aceptar que sólo con ayuda internacional y no cooperación, se cumplirán los objetivos de desarrollo del milenio: menos pobreza y más agua para los más pobres. Por ello resulta tan importante esclarecer los “flujos de la responsabilidad” y atajar, consecuentemente, las causas del empobrecimiento y de la falta de agua, porque los beneficios y los perjuicios del progreso no se reparten equitativamente entre todos. La ayuda económica no corrige el proceso del empobrecimiento y de la falta de agua, porque la ayuda sin más crea dependencia y no ataja las causas de la pobreza. No se carece de agua porque no ayudemos lo suficiente, sino porque falta cooperación verdadera entre Estados y ciudadanos, y en muchos casos, por carencia manifiesta de justicia en el reparto del agua y en el uso de ese patrimonio natural.

Pero el discurso que prevalece es el de “cuánto cuesta” y por tanto, quién va a pagar la factura del grifo, en concreto, qué transferencias de renta entre colectivos humanos deben generarse para eliminar la brecha de la pobreza. Y también a qué ritmo deben crecer las sociedades en desarrollo para incorporarse al tren y desterrar la pobreza. En suma, crecer y repartir, los dogmas de la socialdemocracia y del estado del bienestar. Precisamente en una época en que los Estados avanzados demuelen sus instituciones sociales, adelgazan lo público y dejan de transferir rentas hacia las clases menos favorecidas. Pero transferir dinero a los pobres ¿para qué? Pues para superar, por ejemplo, el umbral de pobreza dispuesto por el Banco Mundial en 1 dólar por día. Y también para dotar a los pobres de una mínima infraestructura para el abastecimiento y el saneamiento de agua. Aspirinas, útiles para reducir la fiebre y atemperar el dolor, para mantener vivo el organismo mientras llega el tratamiento que efectivamente lucha contra la causa del dolor y de la fiebre, contra la enfermedad del mal desarrollo. Pero mientras nos demoramos por aplicar el antibiótico, o mejor aún, hasta que

seamos capaces de organizar un sistema de prevención de la pobreza -de medicina económica preventiva- la agenda política de la pobreza continuará marcada por los cuidados paliativos al enfermo, y por la moral apaciguada de los enfermeros/as del mundo desarrollado.

Ya que habrá que realizar numerosas inversiones y sólo una mínima fracción podrá ser sufragada por la ayuda internacional, y debido a que las políticas liberales de reducción de los déficit estatales impedirán el abordarlas desde la iniciativa pública, la entrada de las empresas privadas se estima imprescindible por los ideólogos de la nueva cooperación en materia de aguas: privatización de los servicios públicos de abastecimiento y saneamiento. Pero el agua es una necesidad básica, incluso ha sido declarada recientemente por la ONU como un derecho humano. Y los derechos ni se compran en el mercado ni se otorgan como gracia del gobernante o de la comunidad internacional, sino que se ganan y se respetan. Todos los derechos que se han privatizado han dejado de ser universales: el derecho al trabajo, a la comida, a la vivienda digna, etc. En cambio, el mejor respaldo del que han gozado, hasta ahora, los derechos ha sido el ofrecido por los propios Estados, por las instituciones públicas democráticas. La privatización de los servicios públicos, sobre todo cuando las estructuras estatales son débiles, provoca discriminación en razón del poder adquisitivo. Máxime cuando las empresas privadas prestatarias del servicio ejercen monopolios y las administraciones encargadas de su regulación carecen de instrumentos de control efectivos en el orden económico, financiero y tecnológico. Una de las razones de la actual escisión de la sociedad en materia de abastecimiento hídrico procede del hecho de que los sistemas privatizados (y algunos públicos también) se construyen para los ricos, ya que sólo de ellos se puede fiar la iniciativa privada para resarcirse de los costes de inversión y explotación de las infraestructuras. Pero incluso en el caso de sistemas de gestión pública, tal es el caso de México D.F., por ejemplo, donde la cobertura del servicio de agua potable alcanza a más del 80% de la población, al estar el servicio fuertemente subvencionado se produce la paradoja de que el 20% desconectado paga más de 10 veces por metro cúbico de agua que el usuario conectado. Un agua que por no cumplir unas mínimas condiciones de calidad no es consumida como agua de boca y es sustituida en el 70% de los casos por agua embotellada (privada) que cuesta unas 500 veces más que la del grifo. Es decir, los mexicanos del distrito federal subvencionan las actividades contaminantes de sus aguas y el pésimo servicio del ayuntamiento pagando a las empresas privadas que se la suministran embotellada.

Pero a pesar de la confianza depositada en estas recetas por el Banco Mundial y otras instituciones de ayuda y cooperación internacional, el

escenario que ellos nos pintan no resulta nada halagüeño. Hace diez años el presidente del Banco Mundial, I. Serageldin, nos vaticinó que las guerras del siglo XXI se declararían a causa del agua, de su escasez. Pero hasta ahora el acceso al agua no ha sido casi nunca una causa principal de conflicto armado. Como afirma el último informe de Cruz Roja al respecto, presentado en el Foro Mundial del Agua de México (2006), ha habido frecuentes guerras por acceder a recursos no renovables (petróleo, oro, minerales, etc.), pero casi ninguna se ha producido en la competencia por apropiarse recursos renovables. El agua sí posee, en cambio, un carácter estratégico en los conflictos, ya que cortar el acceso al agua, o contaminarla, suele ser parte consustancial a las estrategias de guerra. Por ello, una causa frecuente de pobreza de agua es la propia guerra declarada por motivos ajenos al propio agua. En algunos casos, como en el conflicto Palestino-israelí, el agua es un elemento de la controversia, pero no el único ni el más importante, y en el propio desarrollo de la contienda Israel tanto ha destruido infraestructuras de agua enemigas (canales de riego del río Jordán, pozos, la presa de Yarmouk, etc.) como se ha apropiado de recursos ajenos (Altos del Golán, río Litani en el Líbano, el acuífero del West Bank, etc.). Pero el agua ha sido frecuentemente una causa de cooperación internacional, incluso en casos en los que se estaba produciendo una contienda entre Estados riparios de un mismo río. Por ejemplo, las comisiones de gestión de los ríos Indo y Mekong estuvieron funcionando, la primera entre India y Pakistán, y la segunda entre Laos, Camboya, Vietnam y Tailandia, a pesar de los conflictos armados habidos. Compartir un recurso público ha sido con más frecuencia causa de entendimiento y de paz que de contienda. Existen numerosos acuerdos internacionales de gestión conjunta de ríos transfronterizos. Algunos no resultan, quizás, muy justos, por la debilidad de alguna de las partes³, pero la labor de la comunidad internacional y de la ONU debería conducir a establecer sobre bases equitativas el reparto de los recursos hídricos compartidos.

Entonces, ¿por qué el presidente del Banco Mundial aireó el vaticinio de las guerras del agua? Sencillamente porque considera el agua como una mercancía y no como un recurso renovable esencialmente público. Si los deseos de esta institución internacional se cumplieran el agua se habría de transformar en un bien similar al petróleo, sujeta a apropiación privada. Y es precisamente este escenario de las privatizaciones de agua el que nos empuja a las guerras por el agua en la medida en que se transforma a los Estados en potenciales competidores por su apropiación. Un antídoto

³ Por ejemplo, el Convenio del río Nilo, por el que se le asigna a Egipto la mayor parte del caudal cuando más del 85% del agua que transporta el río Nilo se genera en territorio etíope, cuya población sufre, como todo el mundo sabe, una grave carencia de agua potable.

indispensable contra las guerras del agua sería que ésta mantuviera en el imaginario colectivo el status de bien público, cuyo disfrute tan sólo debería depender de la cooperación entre las partes, ya que ella y no la competición asegura a todos el mismo derecho. Si privatizáramos el agua se cumplirían los designios del Banco Mundial. ¿Cómo se reparte si no el petróleo en el mundo? Pero también se fomenta el terror ante un mundo cuajado de guerras por el agua con el fin de hacer desaparecer de la agenda política a las víctimas del reparto del agua, a esos 1.200 millones de personas pobres de agua que no serán las que se pongan al frente de los ejércitos para reclamar agua a los vecinos de los países que se la niegan.

De algunos de estos retos se hace eco el último informe de UNESCO sobre los recursos hídricos presentado en el Foro Mundial del Agua (2006). El primer informe, publicado hace tres años (2003), incidía en el diagnóstico de la situación, valoraba la importancia del agua para el desarrollo y analizaba, desde diferentes perspectivas, la situación del abastecimiento, el saneamiento, el riesgo de inundaciones, la contaminación, etc. y cómo estos problemas hídricos afectaban a las personas según países, continentes o grupos de ingreso. Este segundo informe que UNESCO acaba de presentar tiene por lema “el agua, una responsabilidad compartida”, e intenta incidir en las causas de la pobreza de agua en la que vive un tercio de la humanidad, analizar las responsabilidades. Quizás el principal mensaje sea declarar que el agua no es escasa y que la llamada escasez de agua posee el mismo origen que la escasez de democracia, es decir, procede del hecho claro y manifiesto de que algunos grupos se apropien del poder y también del agua, del hecho de que se esté realizando un reparto injusto de este recurso, de que existan determinadas industrias que contaminen las fuentes de agua, etc. Por tanto, el problema reside no tanto en la escasez de la ayuda internacional, como en el de la gobernabilidad, la capacidad de los Gobiernos para repartir los recursos hídricos equitativamente entre su población, para gestionar las aguas y las cuencas hidrográficas con criterios de sostenibilidad respetando los derechos de las personas que allí viven. El informe habla del derecho humano al agua, de valorarla en su dimensión cultural, económica y social y de utilizar herramientas económicas para su mejor gestión, de la obligación de compartir el recurso, sobre todo en las cuencas transfronterizas, de la imperiosa necesidad de repartir mejor los costes y los beneficios de la gestión del agua, de la importancia de compartir tecnologías adaptadas para cada situación y sociedad. Pero sobre todo, el Informe de UNESCO resalta la lucha contra la corrupción existente en el sector del agua como el principal reto que enfrentar, y apuesta por las siguientes medidas para enfrentar el problema del agua en el mundo: reforma del sector público, aumento de sueldo para los funcionarios del sector público, cumplimiento

estricto de las normas y reglamentos existentes, mejora de la transparencia y rendición de cuentas, y cooperación multilateral y coordinación para controlar los flujos financieros y supervisar los convenios internacionales.

Resulta claro que un solo país no puede encarar en solitario este reto. España ha aprobado recientemente un Plan Director de Cooperación 2005-2009 que destaca al sector del agua, abastecimiento y saneamiento, como prioritario, al considerarlo una necesidad básica y un derecho fundamental de las personas sin cuyo concurso el desarrollo se hace imposible. Estamos a la espera de que el Ministerio de Asuntos Exteriores redacte y apruebe una Estrategia de cooperación en el sector de los recursos hídricos, tal y como declara el Plan Director antes aludido. La mencionada estrategia no debería quedar reducida a la ayuda económica, sino como los propios responsables afirman, debería basarse en estrechar vínculos tecnológicos e institucionales, y en resaltar sus elementos transversales con otras estrategias relativas al marco económico, las relaciones de intercambio, la salud y la educación, el medio ambiente, la condonación de la deuda, etc. Si además se lograra coordinar los esfuerzos que Europa realiza en cooperación internacional, la masa crítica sí podría ser suficiente para impulsar un cambio en el logro de los objetivos de desarrollo del milenio. En la cumbre de Johannesburgo (2002) la Unión Europea ofreció la Iniciativa Agua con ese fin. Incluso España lidera, junto con Portugal, la componente latinoamericana de dicha Iniciativa. Del mismo modo, el Estado español también se ha comprometido a redactar la hoja de ruta del sector abastecimiento y saneamiento del llamado Proceso de Helsinki (2003), una iniciativa de algunos países donantes por conciliar globalización y democracia. Sería deseable un esfuerzo de coordinación entre todos estos niveles de cooperación porque de lo que se trata no es tanto de aumentar la ayuda económica, sino de frenar conjuntamente, el norte y el sur, los procesos de empobrecimiento que provocan hambre y privación de agua.

Con este fin la ONU organiza cada tres años los Foros Mundiales del Agua con el objetivo de evaluar los progresos realizados por la comunidad internacional para dar cumplimiento a los Objetivos de Desarrollo del Milenio (Cumbre de la Tierra del año 2000) en el sector del agua. El Foro Mundial del Agua celebrado en México que concluyó el 23 de marzo de 2006 (Día Mundial del Agua) se articuló en 5 bloques temáticos: agua para el crecimiento y el desarrollo, herramientas para la gestión integrada de recursos hídricos, agua y saneamiento para todos, agua para la alimentación y el medio ambiente, y manejo de riesgos. Sobre cada uno de estos temas hubo abundantes sesiones donde políticos, funcionarios, empresas, organizaciones y técnicos dialogaron y expusieron diferentes experiencias. A partir de ahora, el verdadero reto debería consistir en saber traducir el

diálogo y el conocimiento aportado durante estas sesiones en decisiones políticas útiles para afrontar con éxito el problema del abastecimiento hídrico de la humanidad. Deberíamos ser capaces de transformar el ruido de estos foros tan multitudinarios y mediáticos en respuestas claras, en acciones contundentes que entiendan tanto las personas beneficiadas como las perjudicadas por el desarrollo. La “oficialidad” presente en el Foro Mundial del Agua de México lleva planteando, desde hace varios años, las mismas recetas para solucionar el problema del agua, y foro tras foro el problema se agudiza cada vez más a nivel global. En paralelo, la sociedad civil viene organizando sus foros alternativos donde los representantes de los pobres de agua manifiestan de forma festiva, y también inteligente, su desacuerdo con aquellas recetas. Creo que se percibe una gran cacofonía entre los beneficiados que intentan ayudar y los potenciales receptores de la ayuda, los pobres. Como fácilmente se comprende, la solución se empezará a vislumbrar cuando ambos foros empiecen a dialogar y a entenderse en un mismo lenguaje, cuando se reparta mejor el poder de decisión sobre cómo distribuir entre las personas el abundante agua del mundo.